



REVISTA QUINCENAL DE LA ASOCIACIÓN PATRIÓTICA ESPAÑOLA

CONTINUACIÓN DE LA REVISTA "ESPAÑA"

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LIMA, 136

DIRECTOR: DR. MARTIN DEDEU

AÑO VI	BUENOS AIRES, 16 DE JULIO DE 1911	NÚM. 258
--------	-----------------------------------	----------

SUMARIO *RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I* Así es, y estoy dispuesto á repetirlo y remacharlo.

- I. Sobre el imperialismo catalán, Miguel de Unamuno.—II. Los poetas se van..., Francisco Barrios Vallejo.—La reina de la festa (poesía), Teodor Llorente.—IV. Una visita del diablo (inédito), José Nogales.—V. ¿A tu tierra, grulla...?, Roque Gálvez Encinar.—VI. Problema resuelto (poesía), Martín Dedeu.—VII. Asociación Patriótica Española.—VIII. Chismes y cuentos, Mantinea.—IX. Teatros.—X. Nota cómica.

Zulueta opone lo que yo allí dije á los catalanes y lo que les he repetido, á lo que les dice Grandmontagne. Mi prédica fué la misma que fué á mis paisanos los vascos en Bilbao — aunque éstos, por el pronto al menos, no quisieron entenderla — y es que se dejen de regionalismos de concentración y de exclusiones, que se salgan de sí, que intenten imponer á los demás pueblos españoles su ideal de vida, que se esfuercen por ejercer una hegemonía espiritual sobre el resto de España. Muy bien condensa y refleja mi pensamiento el amigo Zulueta cuando escribe: «Nada de instintos recelosos, defensivos, cobardes y egoístas; nos decía. Imposición y no aislamiento; nos predicaba. El que se sienta el hermano mayor, no debe abandonar la casa común, sino gobernarla para bien de todos. No os recluyáis; expansionalaos; nos repetía. Catalanizad, si podéis, á España entera. Sólo el que pierde su alma, la salvará, según reza el Evangelio.» Exacto, exactísimo, excepto esta última frase evangélica que en rigor reza: «el que quiera salvar su alma, la perderá», lo cual varía.

### SOBRE EL IMPERIALISMO CATALÁN

Luis de Zulueta ve ciertas analogías de temperamento y de tonalidad entre Grandmontagne y yo, y acaso no ve mal. Parece atribuirlo á que nos cree á ambos vascos. Yo lo soy, en efecto, por todos sesenta y ocho costados, de casta, de nacimiento, de educación, y sobre todo de voluntad y afecto. Grandmontagne, hijo de francés y de guipuzcoana, nació en la provincia de Burgos y creo vivió siendo niño en Fuenterrabía. Cuando vivía ahí, en América, acentuaba su vasquismo; ahora que vive en España y en San Sebastián, acentúa su castellanismo.

Dejo de lado los elogios que de mí hace Zulueta, porqué entra en ellos por mucho la amistad que nos profesamos. Pero sí recogeré aquello de que «como el amigo que amonesta» fuí á acometer al catalanismo «cara á cara en Barcelona».

Y añade Zulueta que esas mis palabras les confortaron. Por lo menos quiero creer que corroboraron á muchos como Zulueta



en nobles propósitos. Y se dispusieron, dice, á llevar la buena nueva de su renacimiento por todas las tierras ibéricas, esperando que unas más pronto y otras más tarde respondieran á ella. «Seremos—escribe—el núcleo de condensación de las energías dispersas, la levadura de la nueva España regenerada».

Pero he aquí, agrega, que se presenta otro consejero, Grandmontagne, y les dice que es inútil, que la hegemonía castellana es definitiva, que la impuso el descubrimiento y conquista de América. Y dice Zulueta: «¿Qué vamos á hacer que no contraríe á Unameno ni á Grandmontagne, al Evangelio ni al Océano Atlántico?»

Aparte de que es cosa de muy poca monta el que Grandmontagne y yo quedemos contrariados, por mi parte me ratifico en cuanto tengo dicho y escrito al respecto.

Yo no creo, como parece creer Grandmontagne, que el pueblo catalán es un pueblo prosaico, utilitarista y mezquinamente práctico; yo no le creo un pueblo de buhoneros. Creo más bien, con Zulueta, que «el catalán, y sobre todo el barcelonés moderno, es un tipo fundamentalmente idealista, poético, sentimental; un poco infantil, hablador y aparatoso, como los franceses del Mediodía, que tanto han contribuido y contribuyen, sin embargo, á la más alta exposición del generoso espíritu francés».

Y por creer al pueblo catalán un pueblo, aunque algo infantil, hablador y aparatoso, fundamentalmente idealista, poético y sentimental, por eso le prediqué mi evangelio de la imposición. Es el nervio de mi ética social esto del esfuerzo por imponerse unos á otros los hombres y los pueblos, es el nervio de la ética quijotesca. Cada cual debe pelear por sellar á los demás con su sello, por llevar su espíritu á los espíritus de los demás. Es lo que vengo haciendo y es lo que Maeztu llama mi egotismo. Lo será, pero es el modo de matar el egoísmo. El mejor medio de librarse del yo mezquino, es tratar de transmitirlo á otros. Y creo que nada puede

ayudar más al completo resurgimiento de España—que está de hecho resurgiendo—que esto que los gallegos trabajen por galleguizarla, nosotros los vascos por vasconizarla, por castellanizarla los castellanos, por catalanizarla los catalanes y así los demás.

Por lo que hace á lo definitivo de la hegemonía castellana, en una cosa estoy conforme con Grandmontagne, y es en lo definitivo de la hegemonía de la lengua castellana, hoy española. Esto sí que es un hecho histórico definitivo. Castilla ha dado, no ya á España, á veinte naciones más (incluyo Puerto Rico y Filipinas) su lengua, la lengua española, que es hoy una lengua internacional, que llegará á ser la segunda, tal vez la primera del mundo.

Yo quiero, y lo quiero con toda mi alma de español, que mis paisanos los vascos traten de vasconizar á España y que traten de catalanizarla los catalanes; pero unos y otros tendrán que hacerlo *en castellano*. Esta es la clave de la cosa. No se puede vasconizar á España en vascuence—lengua afortunadamente para nosotros los vascos, en la agonía—ni se puede catalanizarla en catalán, lengua llamada también á morir antes, mucho antes que el castellano.

La labor misma de catalanización que Zulueta hace, la hace en castellano, y en muy claro, puro y neto castellano. Y en castellano catalanizan en España Maragall, Oliver y el mismo Cambó. Maragall, el excelso poeta en catalán, ha hecho en castellano lo más, y yo creo que lo mejor de su labor de publicista político. Y en un castellano muy fogoso.

Hay que deshacer ese necio prejuicio de los ridículos casticistas de que los catalanes no han escrito nunca bien el castellano. Es una de tantas tonterías con que los puristas ponen chinias á la conversión del castellano en lengua hispano-americana. Esos grotescos sacerdotes del casticismo más ó menos arcaizante, perjudican más al final reconocimiento y homenaje de todos á la lengua hispano-americana

que los cultivadores y galvanizadores de lenguas regionales moribundas ó decadentes, aun á pesar de engañosos y falaces renacimientos.

Que se haga imperialista el catalanismo. ojalá. Cuanto antes mejor. Que traten los catalanes de imponernos su ideal de vida civil, pero en castellano, en lengua hispano-americana. Lo demás perderán el tiempo. Y digo más, aunque muchos de ellos me lo tomen á paradoja: sólo en castellano acabarán por cobrar entera y perfecta conciencia de sí mismos; solo en castellano, y cuando todos los catalanes lo tengan como lengua propia, descubrirá Cataluña lo más hondo y más recóndito de sus entrañas. En francés, más que en provenzal, se ha revelado al mundo y á Provenza misma el alma de ésta; en inglés y no en su vieja lengua céltica el alma de Escocia.

Esfuércense por catalanizar á España y á Cataluña misma los catalanes, pero en la lengua en que escribieron—y la escribieron muy bien—Boscáu, Capmany, Balmes, Pí y Margall, Milá y Fontanals, Piferrer... en la lengua en que escribe Zulueta. Y si quieren hablar mal de España; que no lo quieren. Mientras se habla mal de España en español todo vá bien, porque queriendo ó sin querer se habla mal de España filialmente.

Lo que nos ha perjudicado, lo que ha hecho mal á España, en América sobre todo, no son las perrerías que contra ella hayan proferido *en español* españoles ó americanos; son las insidias, las mentiras, las patrañas, las calumnias que contra ella se han vertido en otras lenguas y por hijos de otras naciones que habla-

ban de España sin conocerla. Y la calumniaban por envidia.

Sí, así como suena, por envidia, por envidia, por envidia. ¿Es que se envidia á España?—dirá al leer esto, sonriéndose cuaquier barbilindo. Sí, se la envidia. Los desdenes son más aparentes que reales. Y esa envidia es en parte retrospectiva, se envidia á España lo que fué en los siglos XVI y XVII y lo que entonces hizo, pero se le envidia su porvenir, se le envidia la imperial expansión de su verbo. Se le envidia el que hay setenta millones de hombres desparramados por veinte naciones en una gran extensión del planeta los que pueden leer á Cervantes, á Calderón, á Fray Luis, en su lengua, se le envidia el público que llegarán á tener sus publicistas, porque esos setenta millones doblarán, triplicarán, se multiplicarán.

Quieren los catalanes dar su espíritu, difundirlo? Viértanlo en castellano. Déjense de la ridiculísima ridiculez de traducir á Balmes al catalán—que es algo así como traducir Bulke al irlandés ó Renan al bretón—y tradúzcanse al castellano. Esfuércense por catalanizar á España y á Cataluña, pero en español. En español—que era su lengua materna—predicó Sabino Arana el bizkaitarenismo, en español cantan las excelencias del vascuense muchos vascos que no lo saben (es decir, que no saben vascuence)

Esto es lo definitivo, amigo Zulueta.

MIGUEL DE UNAMUNO

NOTA. — Aunque algunos reparos pudieran hacerse á las rotundas afirmaciones del esclarecido rector de la Universidad de Salamanca, nos abstenemos de ello, en gracia al firme propósito de HISPANIA, de no inmiscuirse en aquello que defienden y firman sus colaboradores.—LA DIRECCIÓN.

